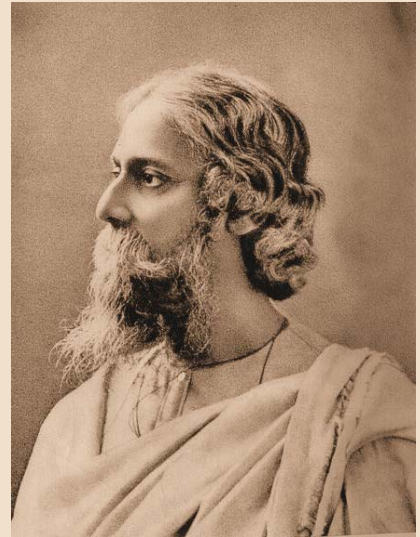




Rabindranath Tagore

Poeta y filósofo indio que contribuyó poderosamente a estrechar el entendimiento mutuo entre Occidente y la India. Nació en Calcuta en el seno de una familia acomodada y empezó a escribir poesía desde muy pronto. Publicó su primer libro a los 17 años. Estudió Derecho en Inglaterra. De vuelta a la India, pronto se convirtió en el autor más conocido de la época colonial inglesa. Escribió poesía, cuentos, novelas, obras de teatro y canciones populares. Tagore escribió en lengua bengalí. Su obra, muy sensitiva y profundamente religiosa, está impregnada por su amor a la naturaleza y a su tierra. En 1913, le fue concedido el Premio Nobel de Literatura. Muchas de sus obras fueron traducidas al español por Zenovia Camprubí, esposa de Juan Ramón Jiménez.

Reproducimos a continuación un pequeño relato poético -la vida y la mente- que se incluye en *Lipika*, una serie de poemas en prosa. Se describe de forma lírica y simbólica el diálogo entre el autor y un baniano. Varias especies de árboles se disputan el honor de ser las más altas del mundo, pero cuando nos referimos a gigantismo horizontal, el trono tiene un rey indiscutible, el baniano o higuera de Bengala, un gigantesco árbol que puede ocupar una extensión mayor que tres campos de fútbol.



La vida y la mente

I
Frente a mi ventana la senda rojiza serpentea hasta perderse en las aldeas lejanas allá en el horizonte. La carreta de bueyes, cargada de mercancías, pasa chirriando por este camino; las muchachas santal¹, con haces de paja a la cabeza, van al mercado de la aldea y regresan al anochecer haciendo resonar el aire con sus risas. Pero hoy mi mente no está atenta a ese camino principal por el que pasa el tráfico de la humanidad.

Esa parte de la vida que se inquieta, acosada por las preocupaciones y afanada en actividades humanas, se encuentra hoy dormida, pues mi cuerpo está enfermo y mi mente no se interesa por nada.

El mar de las tormentas es sólo el de la superficie; en las profundidades, allí donde se encuentra la matriz de la tierra, las olas no pueden llevar su

mensaje. Sólo cuando se extinguen las olas, capta el océano su unidad indivisa: la unidad de lo visible y lo invisible, de las capas superiores y las capas más profundas.

Del mismo modo, en cuanto abandoné mi vida activa, encontré mi lugar en esa vida mía más profunda donde se lleva a cabo el juego de todas las fuerzas cósmicas. Mientras iba presuroso por el camino, no tenía tiempo de dirigir una mirada al baniano, que se alza silencioso a su vera. Al dejar el camino y acercarme hoy a mi ventana, puede comenzar nuestro diálogo. Al contemplarme en silencio durante horas, parece como si de pronto el baniano se inquietara y quisiese decirme:

«¿No puedes acaso entenderlo todo?»
Yo le consuelo diciéndole:
«Sí, lo entiendo. No te inquietes así.»
Durante un rato, el baniano se tranquiliza. Luego, de pronto, vuelve a agitarse, y nuevamente tiembla, susurra y se estremece de un extremo a otro. Le tranquilizo otra vez:

« ¡Sí, sí! No te preocupes. Soy tu compañero de juegos. En este patio de

recreo de la Madre Tierra, durante incontables eternidades, yo también he bebido hasta la saciedad la luz del sol, y he compartido contigo la leche de su pecho.»

Entonces, de pronto, oigo que la brisa le acaricia y que él balbucea:

«¡Sí, sí! Sí.»

El mensaje que danza en mi sangre y que vibra en la luz del cielo llega hasta mí a través de la música de las hojas temblorosas. Esa sinfonía es la música del coniuerto del Universo.

La nota dominante de esa sinfonía es: Soy, existo, todos existimos.»

¡Es un mensaje de alegría! Cada partícula del Universo se estremece con ese júbilo...¡el gozo del puro existir! Hoy he intercambiado con el baniano ese mensaje de alegría.

«¿estás ahí?», me pregunta el baniano. Y yo le contesto:

«Sí, aquí estoy, amigo mío»

II

Cuando empezó mi amistad con el baniano era primavera, acababan de brotarle las hojas, y los rayos del sol,



como chicos traviesos, podían asomarse a través de los resquicios de su follaje y jugar al escondite con las sombras de la tierra. Luego, llegaron las lluvias de julio y se precipitaron sobre la tierra. Las hojas del baniano tomaron también un matiz sombrío, como las nubes del monzón, y a través del tupido follaje los rayos del sol no encontraban la forma de entrar. En primavera, el árbol estaba desnudo como una muchacha pobre; hoy está colmado como una mujer de familia adinerada: es la imagen auténtica de la perfecta satisfacción. Esta mañana, el baniano me preguntó: «¿Por qué te quejas dentro de esa jaula de ladrillos y argamasa? ¿Por qué no sales al aire libre y extiendes tus ramas, como yo?» «El hombre tiene que armonizar su mundo interior y su mundo exterior», le contesté. El árbol, se estremeció y dijo: «No consigo entenderte.» «Yo tengo dos mundos, el interior y el exterior.» - «¿Un mundo interior! ¿Dónde está ese mundo interior?» «Dentro de mi propia barrera.» «¿Qué haces allí?» «Creo.»

«¿Crear dentro de tu barrera! La verdad, no entiendo lo que quieres decir» .

Del mismo modo que un río se forma dentro de las barreras de sus orillas, la creación sólo puede tener lugar dentro de las limitaciones de lo finito: La materia original, encerrada en un recinto; se convierte aquí en una piedra preciosa, ahí en un baniano.»

«¿Qué clase de cosa es esa barrera que te rodea?»

«Es mi mente. Todo lo que queda atrapado en ella se convierte en creación.»

«¿Qué pequeña debe resultar tu creación al lado de nuestros soles y de nuestras lunas!»

«No puede medirse con soles y lunas, pues eso pertenece al mundo exterior.»

«¿Con qué escala la medís entonces?» «Con la felicidad ... pero, sobre todo, con la pena.»

«Esta brisa que sopla del este me habla con un susurro, y todo mi ser le responde. Pero de lo que me han dicho ... no puedo entender ni una palabra.»

«¿Cómo puedo aclarártelo? Tan pronto como tu viento del este se enreda en las cuerdas de la vina, se

convierte en otra creación. No sé en qué vasto cielo del recuerdo encuentra su lugar esa nueva creación. Siento como si hubiera otro cielo, un cielo donde reina el dolor.»

«¿Y su tiempo?»

«Su tiempo no es el tiempo que se mide por acontecimientos, sino por el sufrimiento. Por eso es un tiempo inconmensurable.»

«¿Tú sí que eres una extraña criatura, que habita en dos cielos y calcula dos tiempos! No llego a entenderte. »

«¿Necesitas entender?»

«¿Entiendes tú realmente el lenguaje de mi mundo, de eso que tú llamas mundo exterior?»

«Cuando tu lenguaje es transformado por mi mundo interior, si quieres llamarlo comprensión, entonces es comprensión; si quieres llamarlo canción, entonces es canción; si imaginación, entonces es imaginación.»

III

El árbol, levantando sus ramas, me dijo: «Espera un momento; Tu problema es que piensas demasiado y hablas demasiado.»

Al oír esto, me dije: «¿Es totalmente cierto!»

«Me he acercado a ti -le confesé para aprender a estar callado-.

Pero, por la fuerza del hábito, hasta cuando estoy en silencio, no dejo de argumentar y de reflexionar, como el que habla incluso dormido.»

Aparté el papel y la pluma y permanecí en silencio, mirando al árbol.

Sus tiernas hojas, como los dedos de un músico experto, arrancaban melodías de la vina de luz que inundaba los cielos.

De pronto, mi mente alzó la voz:

«¿Dónde está el vínculo entre lo que tú estás viendo y lo que estoy pensando?»

Le regañé con aspereza:

«¿Otra vez con tus preguntas! ¿Quieres callarte ahora?»

Me quedé en silencio, observando el baniano.

Fueron pasando las horas.



rincón literario

Dijo el árbol:

«Bueno, ¿has comprendido por fin?»
«Si -le contesté-. He comprendido.»

IV

Ese día transcurrió en silenciosa contemplación.

Al día siguiente, mi mente me preguntó:

«Ayer, mientras observabas el árbol, dijiste de pronto que habías comprendido. ¿Puedes decirme qué es lo que habías comprendido?»

«La mente que hay en el interior del hombre -le respondí- se ha enturbiado a causa de sus preocupaciones e inquietudes. Por eso, para ver la vida en su pureza primitiva, ha de volverse hacia esa hierba, hacia ese árbol.»

«¿Y qué viste?»

«Vi el gozo que lleva la vida en sí. ¡Qué dibujos no ha trazado, qué colores no ha pintado, qué perfumes no ha esparcido en sus hojas, sus flores y sus frutos!»

Después, observando silenciosamente el baniano, exclamé:

«¡Oh, rey de los bosques! El primer canto de júbilo que brotó del corazón de la Madre Tierra, en el momento mismo de nacer, resuena en todas sus ramas. La sonrisa de aquella edad primitiva está resplandeciendo en sus temblorosas hojas. Siento en mí el estremecimiento de aquella vida originaria. Yo estaba prisionero en la red de mis preocupaciones, cuando me llamaste:

«Sal a la vida libre, donde sopla el viento, y como yo, deja que tu pincel dé a luz formas, tu paleta colores y tu cáliz, néctar.»

Mi mente se quedó en silencio durante un rato; luego, dijo con cierta tristeza: «Siempre te extasías, cuando empiezas a hablar de la vida. ¿Por qué no embelleces las cosas de las que he hecho acopio con tanto cuidado?»

«¿Qué puedo hacer con ellas? Con sus inquietudes y sus complicaciones has traspasado de dolor el corazón de la tierra y han hecho clamar al cielo con sus exigencias. Una capa se añade a

otra, un nudo se ata a otro nudo.

¿Dónde acabará todo? El árbol tiene la respuesta.»

«¿De veras? ¿Puedo preguntarte cuáles es?»

«Mientras no haya vida en ellos, todos sus acopios no son más que un simple montón, una carga -dije yo-. En cuanto la vida los toca, se funden en una unidad y se vuelven bellos. Con esta belleza que ves en este árbol, y en los acordes de la música que oyes sonar a su sombra.»

V

Eran las horas tempranas de un lejano amanecer.

La vida dejó el lecho donde había dormido. Salió al mundo árido e inanimado y partió hacia lo desconocido. En su cuerpo no había aún rastros de desfallecimiento, ni su mente de preocupaciones.

En su armadura no había rastros de polvo ni abolladuras.

Esa mañana lluviosa mi baniano era la manifestación de esa vida infatigable, serena, incoscquistable. Sacudiendo sus ramas, dijo:

«Buenos días.»

«Príncipe -le contesté-, ¿cómo va tu batalla contra ese gigante que es el desierto?»

«Estupendamente! Mira a tu alrededor.»

Miré y vi lo siguiente: hacia el norte, el suelo teñido del verde de la hierba; hacia el este, las espigas de maíz que brotaban; hacia el sur, las palmeras que se alineaban a lo largo de la orilla, y hacia el oeste, los mangos y los cocoteros eran tan frondosos que impedían ver el horizonte.

«Príncipe -le dije-, eres tres veces bendito. Eres tierno y joven, mientras que el gigante es tan rígido como viejo: eres pequeño, como también lo son tus arcos y tus flechas. Los de gigante son inmensos,

¡Su armadura es gruesa, su maza enorme! Y, sin embargo, veo que es tu bandera la que ondea por todas partes; tus pies se apoyan en el gigante

postrado y hasta la desnuda roca ha reconocido su derrota.»

«¿Dónde has visto todos esos triunfos?», preguntó el baniano.

Veo tu lucha como paz, tu labor como descanso, tu triunfo como mansedumbre. Por eso viene el sadhaka² a meditar a tu sombra, para descubrir el secreto de tu victoria sin esfuerzo. En el bosque, han brotado pequeñas escuelas para enseñar cómo obra la vida. Por eso, los cansados reposan a tu sombra, y, los que están perturbados buscan tu mensaje.»

Oyendo mis alabanzas, el espíritu vital que había en el interior del árbol parecía complacido. «He salido a dar la batalla a ese gigante que es el desierto -dijo-.

Pero tengo una hermana pequeña ... ¿dónde habrá ido a parar en medio del fragor de la batalla? ¿No estabas hablando de ella hace unos momentos?»

«Sí, es la que hemos llamado «mente».»

«¿Es más inquieta que yo! Nada le satisface. ¿Puedes darme noticias de esa inquieta muchacha?»

«Bueno, algo puedo decirte. Tú luchas por sobrevivir, ella para adquirir. Y más allá de esto, brama otra batalla: la de la renuncia. Tú luchas contra la materia inerte, ella contra la pobreza. Hay un último combate: la guerra contra la acumulación. Mientras ruja la batalla, el resultado se mantiene equilibrado. En esta confusión, tu verde bandera da valentía a los guerreros.»

«Victoria -canta él-, ¡victoria a la vida!»

Va subiendo el tono cada vez más, pasa de una octava a otra. En medio de esta mescolanza de canciones, tu tambura³ entona el son básico del espíritu de la vida originaria, diciendo:

«Todas las melodías se fundirán un día, con un canto de júbilo, ¡en la profunda melodía de la belleza! Todo recibir y todo dar se abrirán como flores, madurarán como frutos.» **A**

Notas

1 Una de las tribus parias, de color oscura, aborígenes de la 1a India

2 Individuo que va en busca de Dios. (A Bose)

3 Instrumento de tres cuerdas que da la nota básica (A. Bose)